

El modo de proceder o discernimiento Claves del liderazgo jesuita

Jorge Mario Carranza Corzo,
URL Antigua Guatemala
Antigua Guatemala
14 octubre 2020

Resumen introductorio

El liderazgo ignaciano no se puede reducir a un libro de recetas posmodernistas sobre liderazgo o a un manual de consejos prácticos. Hay que sondear sus raíces y renovarlas en cada momento de la vida y la historia. Es un liderazgo específico y perennemente actual: el conocimiento del mundo desde la mirada de Dios. Después de muchos nubarrones, la experiencia de Dios en Ignacio de Loyola, aparece como el punto de partida y llegada de ese liderazgo global por el que se empecinó el peregrino y que ha distinguido a la Compañía de Jesús a lo largo de los siglos y alrededor del mundo entero.¹

Desarrollo

Para nadie, aunque que haya leído poco, será desconocido haber oído de la Compañía de Jesús.

Al núcleo de esa presencia de “*los jesuitas*” está una experiencia fundante, interesante e intrigante por el sentido de que esa experiencia que de la nada se hizo universal, proviene de un hombre, sin duda alguna, de extraordinaria visión que sin embargo se vino haciendo a sí mismo, en búsqueda –o discernimiento– ardiente, en ocasiones confusa, impaciente quizá solo orientado por una pasión que sin duda que fue desbordante: Ignacio de Loyola.

Como ser humano, sin duda, pequeño y limitado a unas cuantas décadas de vida y a una geografía, aunque acá, seguramente más amplias que el común

¹ Ensayo interpretativo expositivo a partir de las lecturas: *Diccionario e liderazgo ignaciano*, de José María Guiberta SJ. *El liderazgo ignaciano, una senda de transformación y sostenibilidad*, de Francisco Xabier Albistur Marín. Cap. 7: El estilo de gobernar, ¿Qué es gobernar para Ignacio?

de los hombres y mujeres con las que convivió en aquella lejana España del siglo XVI con apenas caminos de tierra o rutas internacionales.

De esa experiencia individual apasionada y expansiva surgió un movimiento, una compañía que apenas unos pocos años después o casi al mismo tiempo de iniciada abarcó al mundo entero a través del conocimiento y la misión de grandes hombres de distintas culturas –aunque al principio casi todos europeos - que se dedicaron con tesón a “ver el mundo” desde todas sus aristas o perspectivas: José de Acosta (español, naturalista y antropólogo que definió y describió la corriente de Humboldt) Matteo Ricci (que profundizó en la matemática, la cartografía y el conocimiento de la cultura china) Giovanni Battista Riccioli (astrónomo descubridor de la doble estrella de Mizar y el primer cartógrafo lunar) Cristoph Scheiner (que discutió con Galileo acerca de la naturaleza de las manchas solares), Grimaldi (que acuñó el concepto de difracción) o Rafael Landívar, el poeta guatemalteco, o George Lamaitre que sugirió la expansión del universo incluso antes que Hubble),o más reciente Teilhard de Chardin codescubridor del *Sinánthropus Pikinensis* (filosofía y antropología) o Karl Rahner quizá el teólogo más brillante del siglo XX o Ignacio Ellacuría y John Sobrino en el campo de la teología latinoamericana o Pedro Arrupe, testigo de Hiroshima pero también de los difíciles y en ocasiones doloroso tiempos posteriores al Concilio y el *aggiornamento* de la iglesia del siglo XX y ahora, un papa jesuita: Francisco.

¿Quiénes eran estos hombres? ¿Qué los llevó a los confines del mundo, con ese talante de “conocedores” y de dialogantes? ¿Qué los empujaba?

Sin duda alguna, y primeramente el Evangelio de Jesús. – que nunca deberíamos perder de vista y que no es un producto de *marketing*

Pero enseguida, el talante, el modo de proceder del hombre que inició esa particular manera de ser y proceder que les inspiró. Su fundador Ignacio de Loyola.

Pocas veces, creo, se ha visto en la Iglesia tanta inteligencia puesta al servicio de la causa única y primaria de la Iglesia: el anuncio de la verdad de Jesucristo.

Entonces hay que conocer quién fue, cómo procedió, qué hizo y qué pensaba Ignacio de Loyola.

Hoy día, muchos jesuitas y no jesuitas intentan descifrar las claves por las que este hombre pudo inspirar a tantos otros hombres igual o más inteligentes que él.

El riesgo de una receta es frecuente en este intento y me pregunto si una lectura moderna de su persona dará más que un libro sobre claves de liderazgo. O si es conveniente, relacionar su experiencia con los modernos términos del mercado, el producto, la demanda etc. No lo sé. Lo que leemos, parece a veces una disección imposible pues el liderazgo de Ignacio, bebe de otras fuentes.

Curiosamente Ignacio no fue un científico, ni un apasionado de las letras (se dice que al inicio de su camino, le apasionaban las novelas de caballería y luego, forzado por las circunstancias la de los santos). Lo que parece que vino siéndole claro es que, a su alma, probablemente terca e incansable o insaciable, llegó una cierta y específica imagen de Dios contraria en mucho a la visión común y hasta negativa de Dios de su tiempo.

Ignacio vio a Dios “*viendo*” al mundo. El contexto no podía ser peor: una Iglesia que se rompía irremediablemente (con la reforma) y que se revolvía en contradicciones y autoengaños (la corrupción de los estamentos eclesiásticos o su distancia de los “*gozos y esperanzas y las tristezas y angustias*” (Gaudium et Spes, 1) del pueblo cristiano) o que se veía comprometida con la imposición del Evangelio con la convicción de la espada a los habitantes de los inmensos territorios descubiertos apenas un siglo antes –América-, para anunciar a un Dios bueno que veía al mundo con ojos interesados y amantes.

La bóveda de Grand Central Terminal en Nueva York exhibe el mapa estelar. No es un mapa estelar cualquiera, como el que podríamos encontrar en un planisferio o como el que podríamos observar y dibujar una noche estrellada en lo alto de una colina. Es un mapa dibujado al revés, “*desde la perspectiva de Dios*”, desde lo alto. Como si Dios viera el mundo a la distancia y a través de las constelaciones y las estrellas. Quizá una mirada fija, atenta, enterada, curiosa y sin duda amorosa– que desde aquél tiempo se llamaba-discernimiento. Que significa “elegir”. Es la misma experiencia que se descubre cuando vemos – en la capilla Sixtina- aquella famosa escena de Dios tocando con su dedo, el de Adán: Un encuentro lleno de vida, eterno, bondadoso y generoso, inteligente y amoroso.

El discernimiento no fue para Ignacio y sus seguidores un asunto de segundo orden y ni siquiera se limitó a la reflexión espiritual de la vida. También supuso un interés profundo sobre la naturaleza de la vida, de sus misterios, de sus efectos y contradicciones: eso que hoy llamamos ciencia. Ese discernimiento –que no es otra cosa que el intento de ver el mundo desde los ojos de Dios- constituyó la línea de su acción y se haya impreso en la esencia de los Ejercicios Espirituales (ejercicios espirituales y discernimiento constituyen

la primera de las preferencias apostólicas universales jesuitas para la década que estamos viviendo)

Este discernimiento, profundo, informado, sabio comprendió al mundo entero, su naturaleza, sus culturas, su historia, pero también la naturaleza humana. Y obligó a un diálogo con esa realidad inmensa y global por el que existen hoy las universidades jesuitas. Construidas estas sobre los hombros de aquellos gigantes que mencionaba al principio. No por autocomplacencia en el conocimiento y competencia con otras grandes instituciones dedicadas al conocimiento o la investigación, sino por que respondían a la sed inagotable por desentrañar la voluntad de Dios sobre su obra y en sus hijos.

Un liderazgo que tuvo como pivote la autoridad del conocimiento más que la obediencia ciega o pasiva o la cohesión de rebaño. Un liderazgo que se hizo colectivo: el de una comunidad global dedicada a discernir la fe a través de la ciencia, el diálogo y el compromiso con el mundo: Los jóvenes, los pobres y marginados y la casa común son las otras tres preferencias apostólicas universales de la compañía de Jesús.

Estas preferencias, son el modo de proceder y señalan el liderazgo ignaciano. Véase que no se trata de un liderazgo como cualquier otro, ni un liderazgo de empresa que pueda ser empaquetado en un libro y vendido como receta. A todos estos intentos se opondría la razón para el mismo: el amor a Dios y por él, el amor a su obra inmensa y universal y en él, a sus hijos. Solo un liderazgo movido por este amor permitiría a Francisco Javier navegar hasta el Asia Oriental y morir en su intento por alcanzar China.

El modo de proceder, el liderazgo ignaciano, estuvo o esta impregnado pues, o debiera estarlo por la búsqueda de Dios sin la cual, el discurso sobre su liderazgo queda cojo o se constituye en una de sus más peligrosas amenazas.

La experiencia jesuita es una experiencia espiritual del mundo. Espiritual e informada del mundo. Es con esos ojos que se es posible sustentar la autoridad y la unidad, la cohesión y la obediencia y el caminar o la búsqueda y compromiso de miles de colaboradores hacia una misma meta. Es esa mirada la que permite unir corazones e inteligencias tan diversas y globales y en muchas ocasiones “potentes” bajo un proyecto común, una mirada común.

La condición de este liderazgo excepcional y colectivo deriva de una “*contemplación del mundo*”, positiva y juiciosa que emerge como una luz en medio de tanta oscuridad- y que fue resultado de la inteligencia pero aún más, de la experiencia vital –o del camino, o del itinerario del peregrino Ignacio de Loyola.

Conclusiones

- Quienes participan o participamos en el proyecto de la Compañía de Jesús, debemos buscar las raíces de la experiencia de Dios. No cualquier Dios y menos el empequeñecido el fanatismo o la tradición.
- De esa experiencia deberá brotar una visión inteligente (por entendida) del mundo y a su favor, como un signo de la búsqueda de Jesús quien se llamó a sí mismo “El camino, la verdad y la vida” Juan 14,6
- El permanente diálogo de los jesuitas con el mundo, del que dan cuenta, tantas figuras destacadísimas dedicadas desde la fe a la ciencia, la teología, la literatura y la historia, a la transformación social etc. Es el signo y marca de este liderazgo.